



«Los Gobiernos europeos están equivocados en cuanto a las políticas de austeridad. Cuando el crédito no fluye, solamente el Estado puede convertirse en locomotora del crecimiento»

**MAURO F. GUILLÉN** es director del Lauder Institute y catedrático de Dirección Internacional de la Empresa en la Wharton School, así como miembro del Consejo Académico de Afi Escuela de Finanzas Aplicadas.  
E-mail: guillen@wharton.upenn.edu

## Bondades y maldades del gasto público

La crisis económica y financiera actual nos recuerda todos los días que existen algunos problemas con el gasto público. Dada la cantidad de mitos que circulan al respecto, conviene fijar algunas ideas básicas. Comencemos por señalar que existen cuatro tipos de agentes en la economía: las familias, las empresas, las entidades financieras y el Estado, es decir, el Gobierno. Las familias consumen, ahorran e invierten. Las empresas producen y ahorran. Las entidades financieras se comportan como empresas produciendo un servicio y ahorrando. El Estado también produce bienes y servicios, consume, ahorra, invierte y, además, recauda impuestos y redistribuye renta y riqueza. Por tanto, se trata del agente económico con mayor capacidad de actuación para mejor y para peor tanto en tiempos de bonanza como de crisis.

Cuando escucho que el mejor Estado es el inexistente, me pregunto cómo se pretende que proveamos ciertos bienes y servicios esenciales, tales como la seguridad, la protección medioambiental o la protección civil en caso de catástrofes. Otro argumento más común y, quizá, algo menos descabellado es que, cuanto más pequeño sea el Estado, mejor. Creo que lo más importante no es el tamaño del Estado, sino su eficiencia, y preguntarse si un Estado menor supone una reducción en nuestra capacidad para protegernos de ciertos riesgos o de invertir en aspectos que puedan ser de interés mirando al futuro. Por tanto, creo que el debate político y social sobre el tamaño del Estado ha de centrarse en la eficacia de sus actividades.

Otro argumento que encuentro completamente nocivo para los intereses generales de la sociedad es que el mejor

Estado es aquel que no gasta más de lo que ingresa. En general, esta afirmación tiene su validez, pero lo que supone un error fundamental es prohibir constitucionalmente o por otros medios que el Estado gaste más de lo que ingresa cuando sea necesario. Por ejemplo, tanto Estados Unidos como el Reino Unido concluyeron la Segunda Guerra Mundial con unos niveles de deuda pública sin precedentes, que no se han superado hasta la crisis actual. Es evidente que, en tiempos de emergencia política, social, económica, financiera o militar, el Estado hace bien en gastar más de lo que ingresa.

Examinemos más a fondo el caso de las emergencias económicas y financieras. En la crisis actual, los Gobiernos europeos están completamente equivocados en cuanto a las políticas de austeridad. En un momento en el que el crédito no fluye hacia las empresas y las familias porque las instituciones financieras se encuentran todavía tocadas por los acontecimientos de los últimos tres años, solamente el Estado puede convertirse en locomotora del crecimiento. Si, además, nos percatamos de que no existen presiones inflacionarias, no hay motivo a corto plazo para temer políticas anticíclicas por parte del Gobierno para sacar a la economía del atolladero. En una Unión Europea en la que los principales socios comerciales de cada país miembro son otros países miembros, la austeridad presupuestaria simultánea no tiene ninguna justificación. Me temo que no saldremos de esta crisis a no ser que nuestros políticos se den cuenta de este problema. Han pasado de gastar dinero a raudales a no querer gastar nada. Ninguno de los dos extremos es óptimo ::